

Prólogo

ESCOCIA, AÑO 872 D. C.

Ocultos detrás de una gran roca, arrodillados, Robert Logan y su primo Adam imploraban a sus dioses que todo aquello terminara. La roca que les prestaba abrigo estaba situada a unos doscientos metros de un cruel y sanguinario campo de batalla. Los dos niños miraban aquella masacre a través de sus jóvenes ojos con horror. En poco tiempo, aquel valle había pasado de ser una verde alfombra de hierba con alguna flor que otra, a empezar a teñirse del tono púrpura de la sangre que se estaba derramando en ese instante. Todo aquello era un infierno, una pesadilla sin límites. Desde allí, los pequeños podían apreciar lo que ocurría: cadáveres yaciendo por aquel suelo antes tan fértil, paradisíaco, tranquilo... guerreros agonizantes quejándose de los dolores causados por sus adversarios, miembros mutilados esparcidos por el campo de batalla ajenos ya a los cuerpos a los que antes pertenecían. ¡Qué atrocidad tan grande se estaba cometiendo! Los pocos hombres que aún podían mantenerse en pie seguían batiéndose con el acero de sus espadas, desaprovechando en la batalla la poca fuerza que apenas les quedaba para sobrevivir.

Mientras, en el lado opuesto, en lo alto de la colina, montado en un majestuoso caballo negro, se encontraba Drasco, el hombre sin piedad que había causado todo aquel infierno. Observaba tranquilo con su mirada fría y aterradora como la noche. Daba miedo; se rumoreaba que sus ojos, a veces, se teñían completamente de rojo al enfurecerse. Meses atrás, Drasco había emprendido la búsqueda de un manuscrito muy valioso, por el

cual no titubeaba ni un instante en saquear cualquier aldea que le viniera en gana con el fin de hallarlo. ¡Cómo disfrutaba arrasándolas a su paso! Le acompañaban siempre algunos de sus hombres, también unos bárbaros sin escrúpulos, desagradables como él mismo. Todos juntos se dedicaban a asesinar niños, a violar a mujeres e incluso a niñas que apenas empezaban a ser unas adolescentes, contentos de poder arrebatarles violentamente su inocencia.

Drasco era muy astuto, de hecho siempre esperaba la ocasión en que se encontraran los más débiles solos en la aldea para atacar. No satisfecho completamente con sus hazañas, incluso se engrandecía matando a la pobre gente del lugar, la mayoría ancianos, a los que cortaba la cabeza para luego ensartarla en la punta de una lanza que después clavaba en el suelo. Era su forma cruel de advertir a los demás de que se apartaran de su camino y así obligarles a que le entregasen lo que tanto anhelaba. Los cuerpos decapitados, como los demás cadáveres, eran amontonados a la fuerza por los supervivientes para prenderles fuego, el mismo destino que aguardaba a las chozas más tarde. Después obligaba a los hombres del poblado a deshacerse de todo y luego los aniquilaba, no dejaba a nadie con vida. Era por estas horribles fechorías por lo que Drasco era conocido como «El Demonio del Bajo Infierno».

Un día, el jefe del clan, Raulf Logan, ante tanta impotencia y ya harto de tantas barbaridades, convocó a otros líderes de diferentes aldeas que también habían sufrido saqueos por parte de Drasco. Todos quedaron en reunirse en una cueva de la que tan solo conocían la existencia los cabecillas de los clanes, ya que allí se solían citar para intercambiar opiniones sobre asuntos de mutuo interés. Cuando llegaron a la gruta los jefes de los clanes Sinclair, Dundas y Keith, ya llevaba Logan un buen rato esperándoles. Su mirada triste daba a entender una gran preocupación.

—Y bien, Logan, me imagino lo que te propones al citarnos tan repentinamente —le dijo Dundas—. ¿No estarás pensando en que nos enfrentemos a nuestro enemigo?

—Sí, amigo. Tú y yo siempre hemos tenido buena comunicación, nos entendemos con solo mirarnos a los ojos. Y, por lo que percibo, no te desagrada mi idea.

—¡Te has vuelto loco, Logan...! —les interrumpió Keith en su conversación, malhumorado—. Aunque decidiéramos juntar nuestras fuerzas, los seguidores de Drasco son muchos más. Por cada tres hombres que tiene, nosotros solo contamos con uno. Y para el colmo son unos despiadados vikingos. Su forma de luchar es muy diferente a la nuestra. Cuéntale, Sinclair, la última hazaña de los bárbaros en tu aldea.

—No tengo que decirle nada. Logan llegó antes que yo a socorrer a mi familia, aunque ya era tarde. ¿Sabes, Keith?, mi padre agonizó en sus brazos. Pero a pesar de todo pude dar un entierro digno a la gente de mi clan que pereció, pues la presencia de Raulf y sus hombres hizo que se retiraran nuestros enemigos antes de tiempo, salvando así a algunos aldeanos y evitando que quemaran los cuerpos sin vida. Logan, sin embargo, no tuvo tanta fortuna, porque aunque evitó que no quemasen los cadáveres de los suyos, solo sobrevivió a la cruel matanza su propio hijo. Mis pensamientos me llevan a suponer que detrás de la fachada de Drasco se oculta un hombre temeroso que tan solo se engrandece ante sus seguidores a base de mentiras.

—¿Lo consideras un gallina? ¿Es lo que estas dándonos a entender, Sinclair? —le preguntó Dundas.

—¡Exactamente, eso es lo que es! ¿No os habéis parado a preguntaros el motivo de sus huidas cuando sabe que se acercan algunos hombres en ayuda de los aldeanos? ¿Y también desconocéis que en sus ataques no le acompañan todos sus guerreros? Tan sólo utiliza diez hombres; los demás, al mismo tiempo, se dedican a saquear otros lugares. Por eso se enfrenta a los más débiles y hace creer que está en todas partes como si de un Dios se tratara, aumentando así el pánico entre la gente. No hace mucho me llegó de oídas que Drasco teme enfrentarse a Logan, sospecha que cuando lo atrape no tendrá piedad con su persona. Desde que arrasó su poblado, sabe que lo busca sin descanso.

El silencio interrumpió momentáneamente las conversaciones de los cuatro jefes al terminar de relatar los hechos Sinclair. Realmente, cuando ocurría alguna tragedia en cualquier lugar, Raulf y los suyos siempre eran los primeros en llegar. Desde que saquearon su aldea unos meses atrás, la obsesión de

localizar a sus adversarios iba creciendo a medida que transcurría el tiempo.

Los recuerdos volvieron a la mente del jefe de los Logan. El día en que atacaron su poblado, Raulf y sus hombres se encontraban cazando en las montañas, y al volver a casa vivieron todo tipo de horrores. La esposa de Raulf fue encontrada asesinada con una lanza atravesada en su vientre, en el cual se hallaba engendrado su segundo hijo, una vida nueva a la que le faltaban apenas tres semanas para ver la luz, un ser inocente que perdió la vida junto a la de su madre, a la que siguieron otros miembros del clan. Los únicos que se salvaron de la masacre fueron dos niños: Adam, que se encontraba con su padre en la cacería, y Robert, que aunque estaba en la aldea y contempló la muerte de sus habitantes pudo huir. Drasco se dio cuenta de la presencia del pequeño y de quién se trataba, pues lo sorprendió junto al cadáver de su madre. Aun así, el niño tuvo la astucia de echar a correr al comprobar que el vikingo se dirigía hacia él, y se introdujo en el bosque escondiéndose dentro del hueco de un árbol viejo en el que apenas cabía su cuerpecito. Su perseguidor pasó varias veces cerca del roble sin percibir su presencia hasta que lo dio por desaparecido y abandonó la búsqueda.

Una voz, acompañada de una sacudida de hombros, sacó de sus pensamientos a Raulf.

—Logan... espabila, ¿te encuentras bien, amigo? —se alarmó Dundas—. ¡Estás pálido!

—No te preocupes, solo estaba acordándome de mis seres queridos, a los que no volveré a ver gracias al mal nacido de Drasco. ¡Tienes razón, Keith!, nuestros enemigos nos superan en número, pero tengo un plan. Si cuando os lo cuente os proponéis acompañarme me alegraré de poder contar con vosotros; si por lo contrario no queréis venir os entenderé.

Raulf propuso mandarle un mensaje a su rival, comunicándole que tenía en su poder el manuscrito que buscaba, y citarlo en un lugar donde se hallaba un bosque espeso, un buen lugar donde pudieran esconderse todos sus acompañantes y preparar una emboscada. Una vez allí y con la condición de que Drasco se presentara solo, podrían matarle y enseñarles el cadáver a sus

seguidores para que abandonaran Escocia. Sabía que sus hombres se marcharían; sin su líder eran unos cobardes, con su compañía se engrandecían. Los acompañantes del bárbaro pensaban que tenía poderes sobrenaturales y que éste les protegía, por lo cual se consideraban invencibles.

Una vez terminado de exponer el plan, surgieron las dudas por parte de sus tres acompañantes:

—¿Tú piensas amigo, que nuestro enemigo va a considerar tu idea de acudir solo a tu encuentro?, ¿tan estúpido lo haces? Si te teme, como acaba de afirmar Sinclair, no creo que acuda a tu cita sin acompañantes —le dijo Dundas.

—¡Si realmente le interesa el manuscrito, vendrá a buscarlo sin sus hombres! Tengo entendido que ofrecería cualquier cosa por él. Con ese regalo seguro que se le terminarán sus miedos hacia mí.

—¡De acuerdo, Logan! Suponiendo que tienes razón y que acude a tu encuentro, ¿alguien de los que estamos aquí sabe cómo es lo que busca? Yo no lo he visto nunca.

Todos se quedaron mirándose pensativos y con cara de sorpresa. Para ellos era algo desconocido. Nadie sabía de la existencia del libro creado por los dioses. Un compendio de rituales mágicos, uno de los cuales era el que más anhelaba Drasco. Gracias al manuscrito podría conseguir activar el medallón que siempre llevaba colgado alrededor de su cuello. Y que, una vez preparado, le proporcionaría los poderes que necesitaba para ser invencible. Su afán por encontrar el texto, llamado «El destino de las almas perdidas», le había llevado hasta el límite de derramar sangre inocente.

De repente, Keith tuvo una idea, pensó que resultaría más fácil llevar un zurrón, ponerle dentro cualquier cosa de forma que pareciera que no estaba vacío, y hacerle creer a su enemigo que contenía el manuscrito. A los demás les pareció buena idea, pero aún quedaba algo muy importante por revelar: nadie jamás le había visto el rostro a Drasco, desconocían los rasgos de su cara, siempre la llevaba oculta por un casco de piel con incrustaciones de metal y con un gran cuerno en el centro del mismo a modo de cabeza de rinoceronte con el que alguna vez había ensartado a más de un enemigo. Su cuerpo era enorme, tanto de

altura como de anchura. Por su aspecto no era nada difícil distinguirlo entre sus hombres. En la reunión, no obstante, hubo discrepancias, dudas, miedos y abstenciones, pero al final se pusieron de acuerdo para unir sus fuerzas contra el bárbaro. Quedaron en avisarse cuando Raulf tuviera noticias de su enemigo para partir juntos al lugar donde se desarrollarían los hechos.

Los aliados decidieron enviar como emisario a uno de sus mejores guerreros, y al tercer día recibieron la contestación de Drasco. Aceptaba las condiciones de Raulf, encontrarse en el sitio que propuso sobre el amanecer. Le prometió que acudiría solo, a cambio de que él hiciera lo mismo. Para que Logan creyera en su palabra, firmó con su propia sangre.

Los clanes se prepararon para partir a medianoche y llegar antes de lo previsto con el fin de poder elegir el lugar donde esconderse, dejando tiempo a que asistiera el bárbaro.

Ese día Robert y Adam los habían seguido a distancia para evitar ser vistos por sus mayores. No deseaban que les mandaran regresar a la aldea, ya que sentían verdadera curiosidad por saber dónde se dirigían sus padres. Se despertaron debido al ruido de los preparativos y al comprobar que iban armados aumentó su deseo de perseguirles.

Aunque el grupo de los clanes era más reducido que el de Drasco, disponían de gran coraje y valentía. Sabían muy bien lo que querían; su principal objetivo era eliminar al jefe de sus enemigos y terminar con todas sus fechorías.

Al llegar al frondoso bosque, los hombres empezaron a esparcirse por todos los sitios, ocupando lugares seguros donde poder ocultarse. Logan fue a situarse en la zona pactada, esperando impaciente el momento de la llegada de su adversario, pero el muy cobarde se había limitado simplemente a esperar encima de una pequeña colina donde apenas quedaban árboles. Logan, al comprobar que Drasco no avanzaba hacia él, maldijo para sus adentros, y salió del bosque en dirección a un claro que quedaba en la falda de la loma. Su hermano intentó detenerle, pero Raulf no se lo permitió, deseaba terminar de una vez con todo aquello. El bárbaro, al verlo avanzar, ordenó a dos de sus hombres

que se encargaran de arrebatarse el zurrón, pero Logan le amenazó con marcharse si no iba él mismo a buscarlo.

Al comprobar que Raulf daba la vuelta para volver a adentrarse en el bosque, Drasco detuvo a los vikingos y se dirigió a buscar personalmente el manuscrito, pero cuando se acercó lo suficiente a Logan, fue derribado por una flecha que le atravesó su cuello. El cuerpo sin vida de Drasco cayó precipitadamente hacia adelante.

Los miembros de todos los clanes se sintieron invadidos por una felicidad inmensa. Por fin sus peores pesadillas habían llegado a su fin. Salieron al claro festejando su triunfo, sus gritos por la victoria conseguida retumbaban en todo el valle. Entre ellos se abrazaban de alegría, rodeando el cuerpo sin vida de su gran enemigo. Keith, receloso e inquieto, interrumpió el festejo.

—Demasiado fácil ha resultado matarle. Presiento que no ha terminado nuestra agonía.

—Vamos, Keith, no fastidies con tus manías —le decía Dundas, dándole palmaditas en la espalda—. Les hemos vencido, ¿tanto te cuesta hacerte a la idea?

La corazonada del líder iba bien encaminada. Poco duró el feliz acontecimiento. El sonido desgarrador de un cuerno les puso en alerta. Raulf, rápidamente, sacó su espada al comprender que les habían tendido una trampa. El relinchar de un caballo montado por su jinete encima de la colina y el grito de ataque de su propio enemigo alzando su espada hacia el cielo le atrajo la atención. Comprendió que el cadáver que yacía a sus pies era el de un impostor. Drasco, muy astuto, les había tendido una emboscada mejor planeada que la de ellos. De repente empezaron a salir hombres por todas partes. La idea de poder retirarse e introducirse de nuevo en el frondoso bosque fue inalcanzable. Cuando llegaron a asimilar lo que había ocurrido, se les vino todo encima. Se encontraban rodeados por los seguidores de su adversario, el cual se limitaba simplemente a observar la batalla, sentado en su caballo. Los aceros chocantes de las espadas sonaban acentuados por el viento.

Adam y Robert, esperando ese día el desenlace de la batalla detrás de la gran piedra, observaban todo lo que iba sucediendo

con gran estupor. Al primogénito de Raulf había algo que no le cuadraba del comportamiento del jefe vikingo. El niño había oído contar a los ancianos por las noches, alrededor de una gran hoguera que se encendía cerca de la aldea, que Drasco era invencible e inmortal gracias a la protección de un medallón que llevaba colgado al cuello. Consistía en un amuleto hecho de bronce con dos figuras grabadas: un cuervo junto a una serpiente roja. Según ellos, los dioses que se representaban en el talismán, el dios Derwi y el dios Lugo Lamh-Fada, general de los ejércitos, libraban a su protegido de todo mal.

Mientras luchaban sus hombres, ¿qué hacía Drasco encima de la colina, montado en su caballo, mirando cómo se mataban los demás? ¿A qué esperaba para bajar y dar la cara? Robert se preguntaba todo esto mientras miraba a su primo. ¿A qué le tenía miedo el bárbaro?, porque era miedo lo que demostraba, pensaba el pequeño, o lo que al menos daba a entender. Adam, asustado, llegó a sugerir a su primo entre dientes:

—Nos tenemos que largar de aquí, Robert, antes de que sea demasiado tarde...

—Sí, Adam, mejor nos largamos.

En el mismo momento en que se disponían a marcharse Robert avistó a un hombre arrodillado de espaldas. Sostenía su pesada espada con las dos manos, y maldecía en voz alta. De inmediato, el niño reconoció la voz de su padre. Era una imagen tan conmovedora que no pudo aguantarse y salió de detrás de la piedra donde estaba oculto hacia donde se encontraba su progenitor, con intención de ayudarlo. Su primo, asustado, le llamaba para que volviera, pero él le ignoraba y continuaba caminando. El odio crecía por momentos en su interior alimentado por su rabia a medida que se aproximaba a su padre. Al mismo tiempo que se le acercaba por detrás, iba presenciando que, aunque se debatía entre la vida y la muerte, las pocas fuerzas que le quedaban las utilizaba para provocar a su adversario. El pequeño se detuvo a solo diez pasos de Raulf, escuchando las reclamaciones que su progenitor gritaba al bárbaro:

—¿Me oyes, Drasco? —le decía Logan—. ¡Lo que llevas al cuello no te pertenece! ¡Lo único que has hecho es que la gente inventara historias tuyas a base de mentiras! ¡Si tan protegido crees

que estás por el amuleto, baja aquí y demuéstrelame, no te quedas ahí como un cobarde! ¿Acaso crees que no conozco toda la verdad de la leyenda? ¡Baja de ahí si tan hombre te crees! ¿O es que solo te gusta atacar a los pobres inocentes que no pueden defenderse?

El bárbaro, furioso por las palabras de su contrincante, empezó a descender por la colina, dirigiéndose hacia él. Cuando estaba cerca, desmontó de su caballo, y sacando su espada le dijo:

—Logan, aquí me tienes, soy todo tuyo. ¿Te has mirado bien? Apenas te queda fuerza para mantener tu espada. ¿Sabes que en este momento eres presa fácil?, Incluso un niño te podría derribar.

—¿Consideras que lo soy? ¡Por poco aliento que me quede, tú me acompañarás al otro mundo!

—Me temo que no —le dijo Drasco riéndose, atravesando su mirada detrás de su adversario—. Te equivocas, Logan, no seré yo el que te acompañará en tu viaje, pero sí tu primogénito. El pequeño me ha ahorrado tiempo viniendo hoy aquí, ya que no tendré que ir a buscarle cuando acabe contigo. Se libró una vez de mis garras, pero ahora morirá en mis manos igual que tu esposa y el hijo que estaba por nacer. ¡Mira detrás de ti, idiota...! —le gritó.

—¿Cómo dices...? ¡Mi hijo está bien seguro! —dijo Raulf, mientras se daba la vuelta como podía.

Cuando vio allí a Robert, se quedó atónito.

—Déjalo en paz... —le advertía Raulf a su enemigo, poniéndose furioso—, la cosa es entre tú y yo, él apenas es un niño de nueve años.

—Logan, tú mismo lo has dicho. Me gustan los débiles, disfruto con ello —afirmaba Drasco, dirigiéndose hacia el pequeño.

—No te lo permitiré.

Raulf, como pudo, consiguió mantenerse en pie. Teniendo a su enemigo de espaldas hizo un último esfuerzo para defender a su heredero: con todo su odio traspasó la parte de atrás a Drasco con la afilada hoja de su espada, hasta que asomó por delante del fuerte pecho la punta del acero, partiendo el medallón por la mitad y haciendo caer el amuleto por diferentes sitios. Drasco falleció en el acto. Los seguidores del bárbaro que quedaban con vida, al comprobar la suerte de su líder, huyeron horrorizados. Logan, por su parte, se desplomó de nuevo ante tan gran esfuerzo.

Rápidamente, el niño se dirigió a atender a su padre. Al inclinarse junto al cuerpo moribundo y ensangrentado de éste, se dio cuenta de que llevaba enredado en su ropa, salpicada por la sangre del malvado, la mitad del medallón. Robert cogió el talismán observándolo con gran curiosidad. Raulf, en un último suspiro, le dijo:

—Pequeño, vete de aquí inmediatamente, esconde bien lo que has encontrado. Drasco no es el único que lo quiere, vendrán más a buscarlo. Hijo mío, a partir de ahora tienes la responsabilidad de proteger el amuleto y junto a éste el legado de los Logan. Robert, sé que aunque eres joven no me fallarás.

Tales fueron las últimas palabras de Raulf, antes de morir. El niño, con lágrimas en sus ojos, hizo caso a su padre y se marchó llevándose en sus manos, bien sujeto, su hallazgo, aquel que custodiaría con su vida: la serpiente roja.